

II

No hay que creer, sin embargo, que desde el momento en que ese hombre salió de la familia para aparecer ante el pueblo, fuese aceptado *dios* en seguida y por aclamación. Las cosas no van nunca así por sí mismas. Donde el genio se levanta, la envidia surge. Bien al contrario, hasta la hora de su muerte ningún hombre fué más completamente y más constantemente negado en todos sentidos que Mirabeau.

Cuando llegó como diputado de Aix á los Estados generales, no excitaba los celos de nadie. Oscuro y mal reputado, les inquietaba poco á los de renombre; feo y mal hecho, los señores de buena apariencia le compadecían. Su nobleza desaparecía bajo su traje negro, su fisonomía bajo la viruela. ¿Quién hubiera soñado en estar celoso de esa especie de aventurero, condenado por la justicia, deforme de cuerpo y de cara, además arruinado, que las pobres gentes de Aix habían mandado á los Estados generales en un momento de fiebre, por inadvertencia y sin saber por qué? Verdaderamente á ese hombre no le contaban para nada. Cualquiera recién llegado era guapo, rico y considerable al lado suyo. No ofuscaba ninguna vanidad, no estorbaba ninguna pretensión. Era una cifra cualquiera, que las ambiciones que se tenían celos mutuos, apenas contaban en sus cálculos.

Poco á poco, sin embargo, como llega el crepúsculo de todas las cosas antiguas, se hizo bastante sombra al rededor de la monarquía, para que el obscuro brillo propio de los grandes hombres revolucionarios se hiciera sensible á la vista. Mirabeau empezaba á irradiar.

Entonces la envidia se dirigió á esta irradiación, como todo pájaro de noche á toda luz. A partir de este momento, la envidia se apoderó de Mirabeau y

no le soltó ya más. Ante todo, cosa que parece rara y que no lo es, lo que le discutió hasta su último aliento, lo que le negó á la cara sin cesar, sin ahorrarle por otra parte otras injurias, fué precisamente lo que es la verdadera corona de este hombre en la posteridad, su genio de orador. Camino que sigue siempre la envidia; tira piedras á la fachada más hermosa de un edificio. Además, por lo que se refiere á Mirabeau, hay que convenir en que la envidia tenía una cantidada inagotable de buenas razones. *Probitas*, el orador debe ser irreprochable, M. de Mirabeau es reprochable en todo; *præstantia*, el orador ha de tener buena presencia, M. de Mirabeau es feo; *vox amæna*, el orador debe tener un órgano agradable, M. de Mirabeau tiene la voz dura, seca, chillona, tronando siempre y no hablando nunca; *subrisus audientium*, el orador debe ser simpático á su auditorio, M. de Mirabeau es aborrecido por la asamblea, etc.; y una porción de gentes, muy contentas de sí mismas, decían: *M. de Mirabeau no es orador*.

Mas, lejos de probar eso, todos los razonamientos no probaban sino una cosa, que los Mirabeau no son previstos por los Cicerones.

No era ciertamente orador á la manera que esa gente lo entendía; era orador según él, según su naturaleza, según su organización, según su alma, según su vida. Era orador porque era odiado, como Cicerón porque era querido. Era orador porque era feo, como Hortensio porque era guapo. Era orador porque había sufrido, porque había faltado, porque muy joven aun, y á la edad en que florecen todos los encantos del corazón, había sido repelido, burlado, humillado, despreciado, difamado, echado, espoliado, proscripto, desterrado, encarcelado, condenado; porque, como el pueblo de 1789, del cual era el símbolo más completo, había sido menor y estado bajo tutela, mucho más

allá de la edad de razón; porque la paternidad había sido dura con él, como la realeza para el pueblo; porque, como el pueblo, había sido mal educado; porque, como al pueblo, una mala educación le había hecho crecer un vicio de la raíz de cada virtud. Era orador porque, gracias á las anchas salidas abiertas por las sacudidas de 1789, había podido extravasar en la sociedad todos sus hervores internos tanto tiempo comprimidos en la familia; porque, brusco, desigual, violento, vicioso, cínico, sublime, difuso, incoherente, más lleno aun de instintos que de ideas, los pies en el lodo, la cabeza radiante, era semejante en todo á los años ardientes en los cuales ha resplandecido, y en que, á cada día pasado, su palabra dejaba una marca en la frente. En fin, á esos hombres imbéciles que comprendían tan poco su tiempo, para preguntarle, á través de mil objeciones con frecuencia ingeniosas, si se creía seriamente orador, habría podido contestarles con una sola palabra: ¡Preguntad á la monarquía que acaba, preguntad á la revolución que empieza!

Hoy que es cosa juzgada, apenas puede creerse que en 1790, mucha gente, y entre ella melosos amigos, aconsejasen á Mirabeau, *en su propio interés, que abandonase la tribuna, donde jamás tendría un éxito completo, ó á lo menos aparecer en ella con menos frecuencia.* Tenemos las cartas á la vista. Apenas puede creerse que en aquellas memorables sesiones en que removía la asamblea como el agua en un vaso, en que entrechocaba tan poderosamente en su mano todas las ideas sonoras del momento, en que forjaba y amalgamaba tan hábilmente en su palabra su pasión personal y la pasión de todos, después de haber hablado, mientras hablaba y antes de que hablase, los aplausos iban mezclados siempre con gritos, risas y silbidos. ¡Miserables detalles chillones que ha di-

fumado la gloria! Los periódicos y los libelos del tiempo no son más que injurias, violencias y vías de hecho contra el genio de ese hombre. Se le reprocha todo á propósito de todo. Pero el reproche que vuelve incesantemente, y como por manía, es *su voz ruda y áspera y su palabra tronando siempre.* ¿Qué contestar á eso? Tiene la voz ruda, porque aparentemente el tiempo de las voces suaves ha pasado ya. Tiene la palabra ruidosa, porque los acontecimientos también truenan, y es propio de los grandes hombres ser de la estatura de las grandes cosas.

Además, y esto es una táctica que en todo tiempo se ha seguido invariablemente contra los genios, no solamente los hombres de la monarquía, sino los de su partido, pues de nadie se es más odiado que de los del propio partido, estaban siempre de acuerdo, como por una especie de convenio tácito, para oponerle sin cesar y preferir á el en toda ocasión otro orador, muy hábilmente escogido por la envidia, pues servía las mismas simpatías políticas que Mirabeau, y era Barnave. Y las cosas serán siempre así. Sucede con frecuencia que, en una época dada, la misma idea está representada á la vez en grados diferentes por un hombre de genio y un hombre de talento. Esta posición es una suerte feliz para un hombre de talento. El éxito presente é incontestado le pertenece (por más que esa especie de éxito no prueba nada y desaparece pronto). Los celos y el odio van derechamente al más fuerte. La medianía sería bien importunada por el hombre de talento si no fuera por el hombre de genio; pero el hombre de genio está ahí, la medianía sostiene al hombre de talento y se sirve de él contra el amo. Se engaña con la esperanza quimérica de derribar al primero, y en ese caso (que por otra parte no puede realizarse) cuenta acabar pronto con el segundo; entretanto, le apoya y le levanta tan alto como puede.

La medianía está con el que la molesta menos y se le parece más. En esta situación, todo enemigo del hombre de genio es amigo del hombre de talento. La comparación, que debería aplastar á éste, le enaltece. Con todas las piedras que el pico y el azadón, y la calumnia, y la diatriba, y la injuria, pueden arrancar á la base del gran hombre, se hace un pedestal al hombre secundario. Lo que se hace desplomar del uno sirve á la construcción del otro. Así es como hacia 1790 se levantaba á Barnave con lo que se arruinaba á Mirabeau.

Rivarol decía: *M. de Mirabeau es más escritor, M. Barnave es más orador.*—Pelletier decía: *Lo de Barnave sí, lo de Mirabeau no.*—*La memorable sesión del 13, escribía Chamfort, ha probado mejor que nunca la preeminencia como orador, demostrada ya desde hace mucho tiempo, de M. Barnave sobre M. de Mirabeau.*—*Mirabeau ha muerto, murmuraba M. Targé estrechando la mano de Barnave, su discurso sobre la fórmula de promulgación le ha matado.*—*Barnave, habéis enterrado á Mirabeau,* añadía Duport, apoyado por la sonrisa de Lameth, el cual era á Duport lo que Duport á Barnave, un diminutivo.—*M. Barnave da gusto,* decía M. Goupil, y *M. de Mirabeau da pena.*—*El conde de Mirabeau tiene destellos,* decía M. Camus, *pero no hará nunca un discurso, ni sabrá jamás lo que es. Habladme de Barnave.*—*Ya puede cansarse y sudar M. de Mirabeau,* decía Robespierre, *nunca llegará á Barnave, que, sin tener tantas pretensiones como él, vale más.* Todas estas pequeñas injusticias eran rasguños que le hacían á Mirabeau, pero que le hacían sufrir en medio de su poderío y de sus triunfos. Alfilerazos á un Hércules.

Y si el odio, en su necesidad de oponerle alguien, uno cualquiera, no hubiese tenido á mano un hombre

de talento, habría cogido una medianía. No se preocupó nunca de la clase de tela con que hace su bandera. Se ha preferido Mairét á Corneille, Pradon á Racine. Voltaire exclamaba, no hace todavía cien años:

¡Se osa preferirme Crebillón, el bárbaro!

En 1808, Geoffroy, el crítico más escuchado de Europa, ponía «M. Lafón muy por encima de M. Talma». ¡Maravilloso instinto de las camarillas! En 1789, se prefería Moreau á Bonaparte; en 1815, Wéllington á Napoleón.

Lo repetimos, por parecernos cosa singular; Mirabeau se dignaba irritarse de esas miserias. El paralelo con Barnave le ofuscaba. Si hubiese mirado al porvenir, habría sonreído; pero, generalmente, el defecto de los oradores políticos, hombres del presente ante todo, es tener la vista demasiado fija en los contemporáneos, y no lo bastante en la posteridad.

Por otra parte, esos dos hombres, Barnave y Mirabeau, presentaban un perfecto contraste. Cuando uno ú otro se levantaban en la asamblea, Barnave era acogido siempre con una sonrisa y Mirabeau con una tempestad. Barnave tenía la oración momentánea, el triunfo del cuarto de hora, la gloria en la gaceta, el aplauso de todos, hasta de la derecha. Mirabeau tenía la lucha y la tempestad. Barnave era bastante buen mozo y tenía mucha verbosidad. Mirabeau, como decía espiritualmente Rivarol, era un *monstruoso charlatán*. Barnave era de esos hombres que todos los días toman la medida de su auditorio; que toman el pulso á su público; que nunca se aventuran sin la posibilidad de ser aplaudidos; que siempre se arrastran ante el buen éxito; que llegan á la tribuna, alguna vez con la idea del día, con más fre-

cuencia con la idea de la víspera, nunca con la idea del día siguiente, por temor á la aventura; que tienen una facundia bien nivelada, bien plana y bien ligera, sobre la cual caminan y circulan sin hacer ruido con los diversos bagajes de todas las ideas comunes de su tiempo; que por temor de tener pensamientos demasiado poco impregnados de la atmósfera de todo el mundo, ponen constantemente su juicio en la calle como un termómetro á su ventana. Por el contrario, Mirabeau, era el hombre de la idea nueva, de la iluminación repentina, de la proposición arriesgada; fogoso, descabellado, imprudente, siempre inesperado en todas partes, chocante, mortificante, irresistible, no obedeciendo sino á sí mismo; buscando indudablemente el éxito, pero después de muchas otras cosas, y prefiriendo más todavía ser aplaudido por sus pasiones, en su corazón, que por el pueblo en sus tribunas; ruidoso, turbio, rápido, profundo, rara vez transparente, nunca penetrable, y revolviendo confusamente en su espuma todas las ideas de su época, que con frecuencia chocan rudamente con las suyas. La elocuencia de Barnave al lado de la elocuencia de Mirabeau, era como un gran camino bordeado por un torrente.

Hoy que el nombre de Mirabeau es tan grande y tan aceptado, apenas puede darse idea de la manera apasionada como ha sido tratado por sus compañeros y sus contemporáneos. M. de Guillermy exclamaba mientras hablaba: *¡M. de Mirabeau es un bribón, un asesino!* M. M. d'Ambly y de Lautrec vociferaban: *¡Este Mirabeau es un perdido!* Después M. de Foucault le amenazaba con el puño, y M. de Virien decía: *¡Señor Mirabeau, nos insultáis!* Cuando el odio no hablaba, era el desprecio. *¡Ese pequeño Mirabeau!*, decía M. de Castellonet en la derecha. *¡Ese extravagante!*, decía M. Lapoule en la izquierda. Y

cuando había hablado, Robespierre murmuraba entre dientes: *Eso no vale nada.*

Alguna vez, este odio de una parte tan considerable de su auditorio, dejaba rastro en su elocuencia, y, en medio de su magnífico discurso *sobre la regencia*, por ejemplo, se escapaban de sus labios desdeñosos palabras como estas, palabras melancólicas, simples, resignadas y altivas, que todos los hombres en parecida situación deberían meditar: «Mientras yo hablaba y expresaba mis primeras ideas sobre la regencia, he oído decir con la agradable seguridad á que estoy acostumbrado desde hace mucho tiempo: *¡Eso es absurdo! ¡Eso es extravagante! ¡Eso no puede proponerse!* Pero habría que reflexionar». Así hablaba el 25 de marzo de 1791, siete días antes de su muerte.

Fuera de la asamblea, la prensa le destrozaba con un raro furor. Era una lluvia seguida de libelos contra ese hombre. Los partidos extremos le ponían en la misma picota. El nombre *Mirabeau* era pronunciado con el mismo acento en el cuartel de los guardias de corps, que en el club de los Cordeleros. M. de Champcenat decía: *Ese hombre tiene la viruela en el alma.* M. de Lambesc proponía hacerlo secuestrar por veinte jinetes y *conducirle á galeras.* Marat escribía: «¡Ciudadanos, levantad ochocientas horcas, y colgad en ellas á todos esos traidores, y al infame Riquetti mayor á la cabeza!» Y Mirabeau no quería que la asamblea nacional persiguiese á Marat, contentándose con decir: «Parece que se publican extravagancias. Es un párrafo de hombre borracho.»

Así, hasta el 1.º de abril de 1791, Mirabeau es *un perdido* (1), *un extravagante* (2), *un bribón*, *un*

(1) M. M. d'Ambly y de Lautrec.

(2) M. Lapoule.

asesino (1), un loco (2), un orador de segundo orden (3), una medianía (4), un hombre muerto (5), un hombre enterrado (6), un monstruoso charlatán (7), más silbado que aplaudido (8); Lambesc propone las galeras para él, Marat la horca. Muere el 2 de abril. El 3 inventan para él el panteón.

¡Grandes hombres! Si queréis tener razón mañana, moríos hoy.

III

Sin embargo, el pueblo que tiene un sentido particular y el rayo visual singularmente recto, que no tiene odios porque es fuerte, que no es envidioso porque es grande, el pueblo que conoce los hombres á pesar de ser un niño, el pueblo era partidario de Mirabeau. Mirabeau era como el pueblo del 89, y el pueblo del 89 era como Mirabeau. No hay espectáculos más hermosos para el pensador que esos abrazos del genio y de la muchedumbre.

La influencia de Mirabeau era negada y era inmensa. Después de todo siempre tenía razón él; pero no tenía razón contra la asamblea sino por el pueblo, y gobernaba las sillas curules por las tribunas. Lo que Mirabeau decía en palabras precisas, la muchedumbre lo repetía con aplausos; y bajo el dictado de esos aplausos, frecuentemente muy á pesar de ella, la legislatura escribía. Libelos, folletos, calumnias, in-

- (1) M. de Guillermy.
 (2) Periódicos y libelos del tiempo.
 (3) » » » »
 (4) » » » »
 (5) Targé.
 (6) Duport.
 (7) Rivarol.
 (8) Pelletier.

jurias, interrupciones, amenazas, gritos, risas, silbidos, no eran todo lo más sino piedras echadas á la corriente de su palabra, que servían para hacer salir espuma en momentos dados. He aquí todo. Cuando el orador soberano, presa de un pensamiento súbito, subía á la tribuna; cuando ese hombre se encontraba cara á cara con su pueblo; cuando estaba allí de pie y andando sobre la envidiosa asamblea, como el hombre-Dios sobre el mar, sin ser tragado por ella; cuando su mirada sardónica y luminosa, fija desde lo alto de esta tribuna en los hombres y en las ideas de su tiempo, parecía comparar la pequeñez de los hombres con la grandeza de las ideas, entonces ya no era calumniado, ni escarnecido, ni injuriado; sus enemigos ya podían hacer, decir y amontonar contra él cuanto quisiesen; el primer aliento de su boca abierta para hablar, hacía desplomar todos esos montones. Cuando ese hombre estaba en la tribuna en la función de su genio, su figura era espléndida y todo se desmayaba ante ella.

En 1791, pues, Mirabeau era á la vez bien odiado y bien querido; genio odiado por los pretenciosos, hombre querido por el pueblo. Era una existencia ilustre y deseable, la existencia de ese hombre que disponía á su voluntad de todas las almas abiertas entonces al porvenir; que con mágicas palabras, y por una especie de alquimia misteriosa, convertía en pensamientos, en sistemas, en voluntades razonadas, en planes precisos de mejora y de reforma los vagos instintos de las multitudes; que nutría el espíritu de su tiempo de todas las ideas que su gran inteligencia desmenuzaba entre las masas; que batía y flagelaba con firmeza y sin descanso sobre la mesa de la tribuna, los hombres y las cosas de su siglo, como el trigo en la era, para separar la paja que la república debía consumir, del grano que la revolución tenía

que fecundar; que producía insomnios á Luis XVI y á Robespierre á un tiempo, á Luis XVI cuyo trono atacaba, á Robespierre cuya guillotina hubiera atacado; que podía decir todas las mañanas al despertarse: ¿qué ruina haré hoy con mi palabra?; que era papa, pues dirigía los espíritus; que era Dios, puesto que dirigía los acontecimientos.

Murió á tiempo. Era una cabeza soberana y sublime. El 91 la coronó. El 93 la habría cortado.

IV

1 Cuando se sigue paso á paso la vida de Mirabeau, desde su nacimiento hasta su muerte, desde la humilde pila bautismal del Bignon hasta el Panteón, se ve que, como todos los hombres de su temple y de su medida, estaba predestinado.

Un niño así no podía menos que ser un grande hombre.

En el momento que vino al mundo, el volumen sobrehumano de su cabeza puso en peligro la vida de su madre. Cuando la vieja monarquía francesa, su segunda madre, echó al mundo su nombradía, también estuvo á punto de morir.

A la edad de cinco años su preceptor Poisson le dijo que *escribiese lo que le pasara por la cabeza*. «El pequeño», como dice su padre, escribió literalmente: «Señor, le ruego que preste atención á su escritura y que no eche borrones en ella; tenga cuidado en lo que se hace; obedecer á su padre, á su maestro, á su madre; no contrariar á nadie; seguir la línea recta, sobre todo el honor. No ataquéis á nadie, á menos que os ataquen. *Defended vuestra patria*. No seáis malo con los criados. No os familiaricéis

con ellos. Ocultad los defectos del prójimo, pues eso puede pasarle á uno mismo» (1).

A los once años, el duque de Nivernois escribía de él al baile de Mirabeau, en una carta fechada en San Maur el 11 de septiembre de 1760: «El otro día, en las carreras á pie que se hacen en mi casa, ganó el premio, que consistía en un sombrero, volviéndose hacia un adolescente que llevaba una gorra, y poniéndole el suyo en la cabeza, que todavía era muy bueno; le dijo: *Toma, yo no tengo dos cabezas*. Entonces ese joven me pareció el emperador del mundo; de su actitud se desprendía rápidamente algo divino; me hizo soñar y llorar, y fué una buena lección para mí.»

A los doce años, su padre decía de él: «Es un corazón independiente bajo la chaqueta de un niño. Tiene un raro instinto de orgullo, pero noble, sin embargo. Es un embrión de matamoros agitado, que quiere comerse á todo el mundo antes de tener doce años» (2).

A los diez y seis años, tenía una cara tan atrevida y altiva que, al preguntarle el príncipe de Conti: *¿Qué harías si te diese una bofetada?*, le contestó: *Esa era una pregunta difícil antes de la invención de las pistolas de dos cañones*.

A los veintiún años (1770), empezaba á escribir una historia de Córcega en el momento en que alguien acababa de nacer allí (3). ¡Singular instinto de los grandes hombres!

En esta misma época su padre, que le contenía severamente, hacía sobre él este extraño pronóstico: *Es una botella tapada y alambrada desde hace vein-*

(1) Este singular documento está textualmente citado en una carta inédita del marqués al baile de Mirabeau, del 9 de diciembre de 1754.

(2) Carta inédita á la señora condesa de Rochefort de 29 de noviembre de 1761.

(3) 15 agosto 1769.